

ENSAYOS

EN TORNO A BELL

Para el Dr. J.C., un
tzadik (justo) en México.

Hace algo más de veinte años que leo a Bell. Esta predilección no sigue a un capricho sino al efecto hipnótico del primer contacto. Su *Fin de las ideologías* (para muchos, más adivinado que leído, con los errores consiguientes que toman vida propia) fue, para mí, una revelación. Era entonces un intranquilo estudiante de sociología y de ciencias orientales, cabalgando en los mundos polares de América Latina y del Medio Oriente. Sigo gozando esta esquizofrenia con las tensiones que apareja; y sigo gozando a Bell. su espléndida y elegante dirección de los debates en *El año 2000*, la sagacidad de *El capitalismo hoy*, los impactos del *Advenimiento de la sociedad postindustrial*, los destellos de *Las contradicciones culturales del capitalismo*, y, en fin, sus desgarramientos en *El pasaje tortuoso*, constituyen mi reflexión obligada en las noches quietas.

En todos los casos, la riqueza de motivos, hipótesis y sugerencias me abruma. En algunos, la lectura lleva a un éxtasis lúcido acaso similar-cuidando proporciones -al que embriagara a Rousseau cuando, en clásica caminata, concluyó que ciencia y sociedad eran raíz de la impureza humana. No el pecado original sino las ambivalencias de la cultura. Es el mío un éxtasis de penetración intelectual que se deposita en mi historia personal de las emociones.

*Catedrático principal en las Universidades del Tel Aviv y Bar glán; investigador asociado a El Colegio de México. Autor de *El fin de los intelectuales y los futuros de México*, entre otros escritos.

Después de dos décadas, preciso un recuento. ¿Cuáles son los mensajes de Bell? ¿Por quién toca la “campana”? ¿A quién representa? ¿Cómo altera la figuración intelectual contemporánea? Y, en fin, ¿en qué medida disciplina y puebla el debate sobre paradigmas, sobre religiones políticas y exaltadas ideologías que hacen juego en la América Latina desorientada?

Son cuestiones clave de este ensayo. Procederemos, primero, a caracterizar la trayectoria generacional de Bell; subrayaremos, más tarde, manifestaciones cardinales de sus ideas; y sugeriremos, por último, algunas implicaciones para la reflexión latinoamericana. En este triple despliegue economizaremos notas y alusiones para no abrumar injustamente a *probables lectores*.

EL CONTRAPUNTO DE LAS GENERACIONES

En panorámico trabajo, Enrique Krauze exploró el vaivén generacional de México.⁽¹⁾ Se apoyó en esta categoría -generación- para organizar las variaciones y rupturas de la cultura mexicana, cultura que trepida sin cesar entre los particularismos de la Revolución y el transplante simiesco de modas y agresiones. Krauze se inspiró en Ortega; podría haber acudido, por añadidura, a Mannheim, a Feuer, a Kuhn, quienes, bien como artificio metodológico, bien como recurso explicativo, demostraron empíricamente la dialéctica de las generaciones.

Agreguemos por nuestro lado: la generación encierra un *ricorso*, un género de movimiento kepleriano de ideas y personajes que se mueven en elipse histórica. Ideas y personajes transcurren, modifican ángulo velocidad y perspectiva, pero las cuestiones centrales (cósmicas y terrenas) se desplazan en sus propios ejes. La variedad es amplia pero finita, expansiva pero limitada. El orden, la revolución, el instinto, la magia, la justicia, la muerte, la consumación y el consumo de ideologías, el absurdo, los calígulas, la generosidad: motivos de este movimiento elíptico. La cultura y los intelectuales edifican sobre ellos pisos y sótanos anchos y sórdidos. Ilusión de progreso acaso inevitables pues, de otro modo, el desplazamiento gravitacional se detendría. Nietzsche tenía razón: el conocimiento puede paralizar a la acción; es la ignorancia o la desmemoria las que nos inducen a creer, con discreta megalomanía, de que somos importantes para la Historia. Somos importantes, en verdad, en *nuestra* historia, pero las generaciones no suelen resistir el virus de omnipotencias proyectadas.

Bell forma parte de un compás generacional en donde se mezclan la sabiduría y la imprudencia, la razón audaz y la emoción inoportuna. Una generación que quiso dejar atrás al *guetto*, a Europa, a la religión, a las cicatrices de una condición humana áspera, a cualquier seña particular, pero que remata en el amor a las distancias inventadas: el patrimonio judío, el hechizo europeo, la presencia incómoda pero insoslayable de apetitos primordiales, y la convicción, en fin, de

(1) E. Krauze, “Cuatro estaciones de la cultura mexicana”, *Vuelta*, 60, noviembre 1981.

que somos universales (recordemos a Mounier) sólo en la medida en que exploramos nuestra singularidad. Fue la de Daniel Bell una generación incapaz de odiar.

Pertenece este autor a la cohorte de intelectuales judíos neoyorkinos que, en los años treinta, estaban unidos por una espléndida solidaridad. Irving Howe, miembro también de esta generación única, describe vívamente los impulsos y arrebatos de este grupo. (2) No puede olvidar el mundo de los padres ni las decepciones padecidas como inmigrantes en la América pródiga. Todavía lloran a los muertos conforme a la oración (*kadisch*) establecida, que cierra un círculo de integración física y metafísica. Al definir la sociedad-estado, Burke advierte el enlace entre los que se fueron, los que sobreviven, y los que habrán de venir como germen de toda solidaridad. Se apoya (acaso sin saberlo) en la concepción del *kadisch*. Al poner una tumba ponemos nuestra casa.

Bell se incubaba en este cuadro de valores, entre la herencia europea y la presencia norteamericana. Una cópula a distancia que la imaginación acerca. Abrigaba entonces la ilusión (como abriga hoy América Latina, donde ideas y emociones llegan con agresivo atraso) de que el Paraíso es posible. Hoy sabemos que el Infierno también lo es. Gajos de esa generación fueron Irving Kristol, Nathan Glazer, S.M. Lipset, Gertrude Himmeljarb, personajes que hoy destellan en revistas (*Commentary*, *Encounter*, *Partisan Review*, *Dissent*, *Public Interest*) y tribunas universitarias en donde el pensamiento se regocija. Con la generación anterior (S. Hook, L. Trilling y la transterrada H. Arendt) y la posterior (N. Podhoretz, J. Epstein, Ph. Roth, S. Sontag), forman la mesa de intelectuales que hacen de Nueva York una capital menos primitiva. Ciertamente, no se eximieron de prejuicios importados desde Europa. El odio exuda del tejido social más rápido que la tolerancia. Bell recuerda el caso de Elliot Cohen (fundador de *Commentary*), estudiante conspicuo de Yale, devoto de la literatura inglesa, a quien le fue negado el trabajo en su propia universidad. “Es inconcebible” -le dijeron adustas figuras- “que un judío enseñe tradiciones protestantes en inglés en un centro norteamericano”. (3) A Bell y a sus coetáneos no les quedó alternativa: debieron consumir hasta el final el brebaje de extraños como una estrategia de salvación colectiva. El extraño tiene la ventaja de la perspectiva y de la lucidez: descubre virginidades en cuerpos manoseados. Pero el forastero también despierta curiosidad maliciosa y temores primordiales: es el Otro, el no-nosotros. Veblen y Simmel iluminaron, cada uno en su lenguaje, esta tensión entre el huésped y el ambiente invadido. Tensiones que traducen la dialéctica del judío en el mundo moderno.

Para Bell —como extraño— no concluyeron los sinsabores al ajustarse al medio norteamericano (en las universidades de Columbia y Harvard, en la revista *Fortune*, en misiones intelectuales en nombre de la América “civilizada”). Su

(2) J. Howe, *World of our Fathers*, Marcourt Brace Janovich, Nueva York, 1976.

(3) D. Bell, *The Winding Passage*, Basic Books, Nueva York, p. 135.

identidad original lo persigue en todas las labores. Así lo reconoce: “esta generación ha crecido en el *galut*, en el exilio, y pasará su vida allí”. Está dispuesto a vivir el choque entre universalismo y particularismo, a vivir en la indefinición y en el espacio. Howe dirá que el sionismo y la creación de Israel pusieron en crisis permanente a los intelectuales judíos de Estados Unidos. Israel simboliza, justa o injustamente, lo que ellos *no* son ni pueden ser, puesto que prefieren el discreto encanto del exilio. Bell, en cualquier caso, prefirió la ambivalencia y la convirtió en fuente de dinamismo, y no de suspensión existencial.

Hoy ha desaparecido la solidaridad generacional del grupo de Bell. Sólo existen individuos que prometen y brillan desde Nueva York a California; la comunidad de los intelectuales “ha sido profanada”, dirá Bell.

También Israel, sumida en crisis desgarrantes, ya no presenta los retos existenciales de otros tiempos. No alecciona ni inquieta sino que ofrece indulgencias a los judíos que “pecan” en la dispersión y en la soledad.

Aparte de la confluencia entre pasado y presente, esta generación experimentó también el apremio de interpretar a la sociedad norteamericana en su fase expansiva, imperial. Para imprimirle humanidad y rumbo, Bell y sus compañeros acuden a lo mejor de la creación europea. Saben idiomas; ni Maimónides ni Dante ni Tocqueville les son extraños; son capaces de reinventar la vivencia norteamericana en el contexto de añejas culturas. Toman en cuenta, por supuesto, las fealdades y retorcimientos de la fisonomía europea, y pretenden evitarlos en las tierras de Lincoln: aquí deben prevalecer la sensatez, el empirismo, la generosidad, la apertura, el error como divinidad humana. Es la de Bell una generación-puente; desplaza conceptos y experiencias. Y Bell es un inteligente viajero: posee una erudición notable que le permite abarcar, en griego, hebreo, latín, ruso, francés, tres mil años de aventura intelectual. Y es, por añadidura, un virtuoso de la sintaxis inglesa. Síntesis formidable: en la presentación de ideas, es europeo elegante y cabal; en la lógica, un talmudista; y en el contenido, un norteamericano sobrio. Sobriedad que quisiera difundir al resto del mundo. Así semeja el impulso profético de Marx- “a quien dediqué la mitad de mi vida”, dirá. Pero en lugar de la demonología y del arranque irracional, Bell quiere propagar la aceptación de límites, la inevitabilidad de la frustración, el equilibrio como calidad eternamente inestable. No extrañará que algunos críticos vean en él (con estrechez descomunal) un exponente del “neoconservadurismo”. (4) Etiqueta y etiquetazo empobrecedores. Veamos algunos de sus temas.

SOCIOLOGIA DE LA HISTORIA

Bell se subleva contra las concepciones holísticas y globalizantes del marxismo y del funcionalismo modernos. Pone a Lukács y a Parsons en una equivalente baja altura. No le importa que el primero encienda conflictos y que el otro se embelezca

(4) H. Habermas, “la modernidad inconclusa”, *Vuelta*, 54, mayo 1981.

con inexistentes armonías. Le irrita que ambos auspicien una grosera simplificación. Ni la historia ni el análisis del orden social aceptan leyes; es imposible y soberbio reducir complejidades a una gran teoría unitaria. En contraste con Voltaire cuya filosofía de la historia fue derecho a la revolución, a Bell le interesa ante todo el examen, la lucidez. Sólo así hay lugar para revoluciones genuinas.

La oposición a explicaciones compresivas y unidireccionales no obedece a una simple resistencia hegeliana. Este género de explicaciones promueve la intolerancia social. Las ideas no son neutras ni inocuas. Hacen realidad. Bell sugiere una sociología de la historia que deslinda áreas y "ejes". Cada área tiene lógica propia, una subhistoria. Tómese la tecnología, en primer lugar.

Según Bell, el despliegue tecnológico (que incluye el crecimiento económico y la diferenciación ocupacional) es "lineal, acumulativo, y cuantitativo". (5) Los adelantos técnicos modifican la percepción de distancias y tiempos; perfeccionan, por añadidura, la autonomía del hombre respecto a la naturaleza. Así, una diferencia cortante entre la época moderna y la civilización griega estriba en que hoy tenemos una visión desde y sobre el espacio que los griegos apenas adivinaron; podemos volar sobre nosotros mismos, y con rapidez. Por otra parte, la informática y los procesos de miniaturización que están detrás de ella permiten efectuar y captar cambios en tiempo real, es decir, simultáneamente, cancelando distancias geográficas y culturales que sobresalen en otras áreas. Si Buber habló del eclipse de Dios, ahora hay que hablar del eclipse de la distancia-tiempo. Debido a estos caracteres, la tecnología puede ser pronosticada; se presta a la matematización; las variables ya no son caóticas.

No acontece así en el área de la *cultura*. Aquí domina el simbolismo expresivo, el significado, la conciencia, el misterio. Las figuraciones culturales son cualitativas, reacciones a interrogantes inevitables y eternas (conforme sea eterno el hombre), como la muerte, la justicia, el amor, el paganismo, la trivialización de lo sagrado, Dios. La cultura, en sus diferentes modalidades (pintura, literatura, música, religión, ideología), tiene un repertorio envolvente pero limitado; sus representaciones concretas presentan rica variación gracias a la imaginación humana. De aquí que la religión, por ejemplo, sea producto que está con nosotros en forma civil o salvaje, a pesar de la secularización ("el desencantamiento", dirá Weber) del mundo, a pesar de la "muerte de Dios". Siempre habrán zonas sagradas que legitiman la moral, que condenan los excesos, que protegen al individuo de la burocratización anónima, que ofrecen algún género de *caritas*, de amor, de unión personal con todos o con la nada. (6) Para caracterizar este hecho no es accidente que Bell recuerde a la *Havdalá*, a la bendición judía que, al concluir el sábado, separa lo sagrado de lo profano. Tema que Durkheim -hijo herético de rabinos- hará también suyo sin reconocer créditos paternos.

(5) D. Bell, *The Coming of the Post-Industrial Society*, Basic Books, Nueva York, p. 51 ss.

(6) D. bell, *The Winding...* op. cit. p. 323 ss.

El tercer eje de la historia y del orden social es el reino del príncipe: el poder y la lucha. También aquí se revela una variabilidad acotada: oligarquía y democracia, caudillo y masa, represión feroz o sublimada, peste y libertad. La política (como muchos intelectuales, subrayará Benda en su momento) organiza odios y amores con el designio de mover acciones colectivas. La lógica del poder no acepta sólo negociaciones; el resentimiento es importante mas no suficiente, nos demuestra Naipaul en apuntes recientes sobre los países musulmanes; hasta los anarquistas comenten crímenes para fabricar ensueños.

En suma, Bell identifica tres áreas en la palestra social: tecnología, cultura y poder. Cada una de ellas exige una conceptualización singular. La tecnología se ajusta a un optimismo ascendente; en ella ocurren estampidas cuánticas. Pero en la cultura y el poder las formas se repiten aunque sin predeterminación alguna. Como si en estas dimensiones se cumpliera una versión del principio de Heisenberg: al contemplar el símbolo y los juegos del poder provoco mudanzas caprichosas.

Bell sabe que existen interdependencias empíricas entre las áreas. El deslinde no es absoluto. La tecnología, por ejemplo, agiganta el alcance de las modas culturales y convierte a *toda* sociedad moderna, potencialmente, en una dictadura. Pero se niega a formular una teoría general a partir de estas interdependencias. Analítica y normativamente considera más sensato proponer “modelos de mediano alcance”, visiones relativizadas. Y no sólo por modestia intelectual sino para eludir un totalismo teórico que invita a la represión total.

Se puede entender esta precaución. Talmón ha demostrado claramente cómo los romanticismos aparentemente inocuos del siglo han conducido a las democracias y populismos totalitarios de nuestra época. El “reino de las bestias” -del cual hablaba Camus en 1939- puede despuntar inocentemente. Bell, por su lado, recoge testimonios de este proceso en la Unión Soviética y en la Alemania nazi; y pensando en ellos hoy se opone a los excesos retóricos e irracionales de nuevas izquierdas y derechas.

TERCER MUNDO O LA SALVACION DE LAS IDEOLOGIAS

Bell cree que los motivos ideológicos de Occidente están **de momento** exhaustos. Podrán recuperarse después del paréntesis nihilista y hedonista en el cual está colocada la sociedad industrial avanzada. El capitalismo (ya lo entrevió por cierto Schumpeter y los reconfirmó extensamente Heilbroner) crea, por el lado del consumo, propensiones anti-empresariales. La frugalidad -virtud inicial- se transforma en un vicio pues limita a los mercados. Así, el consumismo es autolimitante, corteja el suicidio.

La hipótesis recuerda a Agustino. Decía que el hombre tiene tres pasiones: poder, dinero y sexo. La cultura debe reprimirlas. Sin embargo, la sociedad avanzada (incluyendo a la Unión Soviética) les dio rienda suelta, dislocando equilibrios delicados. La anti-cultura se hermanó con el instinto. Las ideologías pierden en

este contexto vigor como instrumentos de control y legitimidad. En el mejor de los casos, hay lugar para utopías que la civilización tecnológica devalúa y desarma convirtiéndolas en mercancías de las masas. En las élites de Occidente se ha producido por ahora una decadencia de infiernos y cielos; quien no puede vivir sin ellos deberá esperar el *ricorso* de la cultura.

No ocurre lo mismo -sugiere Bell sin elaborar la idea- en países que llegaron tarde al festín. A ellos les interesa, les entusiasma (en el sentido religioso de esta voz) el combate frenético de clases-naciones; deben afirmar su presencia internacional y satisfacer pasiones elementales. El éxtasis ideológico encuentra partido y partidarios en el Sur debido al desequilibrado reparto de los recursos en el plano internacional, al resentimiento que experimentan contra la modernidad abusiva, al colonialismo que disloca estructuras e identidades. Bell no presta atención a los factores que estimulan este apetito ideológico aunque hubiera preferido una anorexia más instrumental y mesurada. Le interesa más bien la amenaza que este desborde emocional representa para las sociedades avanzadas.

La aptitud de éstas para responder al fundamentalismo tercermundista es limitada por cuatro problemas estructurales: una interdependencia incontrolable que induce choques "sistémicos", comprensivos, entre las partes; el regreso del proteccionismo comercial debido a la ascendente deuda externa e interna; el diluvio demográfico de los pobres; y las dificultades para instalar un "Nuevo Orden Internacional". Cada uno de estos problemas encierra dilemas para las sociedades avanzadas. ¿Deberán renunciar al pragmatismo? ¿Deberán "encapsularse" contra la "barbarie circundante" y el proletariado externo? ¿Hay posibilidades de tender puentes de cooperación y entendimiento? ¿O ya es demasiado tarde?

Bell insinúa que cuando los problemas estructurales de las sociedades "maduras" son vislumbrados y sufridos desde y en la periferia subdesarrollada brota un acné ideológico desesperante. Las pasiones, presumiblemente apagadas o dormidas en el Norte, resucitan y regurgitan en el Sur. Aquí las ideologías encuentran salvación y destinatarios. Y he aquí el dilema: si el Norte ayuda, es acusado de "imperialista"; si no le hace, revela seca crueldad". El humanismo esencial de Bell no le permite pensar en soluciones sociobiológicas, o en contestaciones nucleares, o en racionalismos utópicos. No tiene mensajes para un mundo sobreideologizado; prefiere callar.

Ironía: los intelectuales -según Bell- habrán de crecer en Occidente merced a menesteres no ideológicos (como " las industrias del conocimiento"); a nuestro juicio, los intelectuales desaparecerán en el Sur al tiempo que las ideologías tendrán robusta demanda. (7) Los mensajes serán -son-dados a expensas de los mensajeros tradicionales; militares, gerentes, periodistas, políticos, lucutores se hacen cargo del oficio intelectual. Pero éste no es tema de Bell; es reflexión nuestra que nace por cruce de comparaciones.

(7) J. Hodara, *El fin de los intelectuales*, F. Villareal, Lima, Perú, 1973.

Bell sugiere que la pasión ideológica contiene ingredientes infantiles. Como si en la madurez no tuviéramos necesidad del juego, de la efervescencia, de la oralidad. Su postulado recuerda las tres etapas del Comte. El Sur se encontraría a mitad de camino entre el animismo y la teología; cultiva por tanto *idologías* (palabra feliz de Fromm para calificar un fenómeno desgraciado). El Norte, en cambio, estaría en la cúspide científica, libre de fundamentalismos agresivos. Claramente: Bell sobrestima el equilibrio de la madurez y del Norte. Pensamos que el irracionalismo tiende emboscadas en todas partes; miedos primordiales pueden generar -de nuevo- fanatismos y mesianismos de antaño. Los modelos para odiar son engendros occidentales, aunque se materialicen brutalmente en el sur. La responsabilidad histórica será compartida. (8)

EN LA SOCIEDAD POSTINDUSTRIAL

Es uno de los conceptos clave de Bell. Mereció un libro entero. (9) La etapa post-industrial hay que captarla en cotejo con la sociedad preindustrial. Esta es extractiva, vale decir, agricultura, petróleo, pesca y algunas industrias tradicionales constituyen bases del crecimiento y de la estructuración ocupacional. La sociedad post-industrial, en cambio, procesa información; adelantos técnicos, particularmente en microelectrónica y en biología molecular, sostienen la expansión material, con llamativo ahorro de trabajo, energía y, en el largo plazo, capital. El conocimiento se convierte en principal factor de producción y de ventajas dinámicas; las universidades, casadas con la vanguardia industrial, orientan el desarrollo.

De este modo, conceptos y clases se transforman radicalmente en el nuevo contexto. Se produce, entre otros procesos, una relocalización de los centros de poder en favor de los que dominan las redes de *comunicación* (computación más comunicación). Los profesionales del conocimiento se convierten en la "nueva clase". La limitación cardinal ya no es el alimento, ni el capital o los materiales, sino las ideas, la información y el tiempo. Quien controle estos factores controlará su medio y amplias parcelas del mundo. Ni derechas ni izquierdas, ni Marx ni iglesias, encontrarán lugar en la nueva estructura industrial. Formarán parte de lo que fue y de los que se quedaron atrás.

Bell no vislumbra la mecanización del orden social; refuta en este sentido el materialismo grosero de la Mettrie. El hombre seguirá teniendo la aptitud de sorprender y reordenar; la condición humana será por muchos años un tejido complicado.

De todas maneras, en la nueva matriz tiempo y espacio padecen una metamorfosis; la memoria depende de la intensidad - y no de la longitud- de las vivencias. (10) El recortamiento de las distancias sacude a su vez el imperativo

(8) D. Pipes, "The Politics of Muslim Anti-Semitism," *Commentary*, Agosto 1981.

(9) D. Bell, *The Coming...* op. cit.

(10) D. Bell, *The Winding...* op. cit. p. 34 ss.

territorial; las fronteras políticas se destiñen a raíz de la microelectrónica. Así, el estado-nación (criatura del Renacimiento) encara el colapso. Algo más: en la sociedad postindustrial los mercados de trabajo se tornan duales: coexistencia de sabios e ignorantes, de elegidos y rechazados. Habrá de ocurrir paralelamente una desmasificación de la cultura y de la política, con el consiguiente ascenso de la meritocracia y de los medios de control cibernético. Bell opina con ingenuidad que la “nueva clase” habrá de forjar aguda sensibilidad por los de abajo; pero ésta es sólo una de las posibilidades abiertas. El progreso tecnológico puede coexistir con la regresión autoritaria y el sofocamiento irracional. La nobleza del tecnólogo es tan controversial como la del salvaje. El platonismo puede dominar en la ciencia; pero Aristóteles, en los valores. (11) Para garantizar la libertad (lo dijo con vigor Isaías Berlín en ensayos inolvidables) se necesita el compromiso, la conciliación, la aceptación circunspecta de lo relativo. Cuando “absolutizo” sacrifico mi autonomía.

En estos pasajes Bell se adormila; pero en los siguientes despierta afiebrado.

MODERNISMO CONTRA MODERNIDAD

Los humanistas creían en el imperio de la razón; el *homo pictor* cedió al *homo faber*. Como resultado, el hombre se convertiría en el centro del hombre. La Antropología *über alles*. Finitud, melancolía y frustración habrán de ser aceptados serenamente. Séneca dominará el mundo.

No fue así. Brotó en cambio el modernismo, esto es, la conspiración irritada contra el racionalismo y la circunspección. Bell y Howe trataron de pintar sus caracteres. Para ellos, modernismo es “una nueva sintaxis del arte”, es la dislocación de las formas tradicionales, el rechazo a cualquier fenomenología, la preferencia onírica. El modernismo es un género de estructuralismo irracional, biológico. Para eliminar el bostezo, el aburrimiento, se justifica la guerra. La vida y la muerte se unen; la última es fuente de los significados principales. La fantasía es la real realidad.

Bell sugiere que esta tendencia es una reacción al cambio social empedernido que apareja la conciencia de fragilidad y caída. Cuando la historia - podríamos decir - se transforma en mecánica y sólo pone énfasis en la aceleración de la masa-masas, el hombre es rey o gusano. En todo caso, cielos y paraísos reconocen la crisis, flaquean. En este contexto, la condición humana se resiste a desprenderse de los quiliasmos, de las aspiraciones a la perfección, pretende el infinito, el más allá. Dostoievski, Gide, Nietzsche, imprimen racionalidad a estos apetitos; Proust y Joyce trastornan los juegos gramaticales. Adiós al orden. La finitud enerva; el utilitarismo castra la fantasía y, sobre todo, la voluntad.

Bell se detiene, con evidente inquietud, en Dostoievski, narrador incomparable de las irracionalidades y de los tormentos internos. Freud le reconoció su deuda (y

(11) A. Koyré, *Estudios de historia del pensamiento científico*, Siglo XXI, México, p. 150 ss.

canceló cualquier referencia a sus colegas inmediatos). Bell menciona que, para el escritor ruso, la apertura del Palacio de Cristal en Londres (1851) fue una desgracia. La exhibición industrial aspiraba a mostrar las promesas - y la seguridad - del progreso material. Dostoievski- como antes Rousseau - se subleva: “la única ganancia de la civilización es la mayor variedad de sensaciones- nada más”. Y agrega, anticipando planetas y personajes totalitarios del siglo XX: “¿Han prestado atención al hecho de que los más civilizados caballeros (*gentlemen*) son los asesinos más sutiles?”

El modernismo, en la pintura de Bell, es la respuesta exaltada a la matematización de la condición humana. La certidumbre sofoca; nos lleva a olvidar que existen espacios interiores recónditos que todavía deben ser explorados. El hombre debe ser obra de arte; y el arte no es geometría: es voluntad. El asesinato -dirá Raskolnikov- es quizá un delito social, pero también es una defensa mágica contra el destino, la chatura, la finitud y la nada. Al cometer un crimen hacemos de la razón un hazmerreir. Entronamos el absurdo, y el absurdo es manantial de los últimos significados.

Bell piensa que el modernismo glorifica el asesinato político. Glorificación que tiene una epistemología propia: el conocimiento nace del sueño, de la embriaguez, de la intoxicación sensual. O como dice Bell tristemente: “el corazón tiene (en el modernismo) razones que el pensamiento entenderá más tarde...”

El modernismo se contrapone a los afanes represivos de la sociedad. Hace imposible cualquier régimen civil y abre curso a resurrecciones ideológicas. Freud percibió esta tensión fundamental en el área de la conciencia y de la cultura; y Hobbes la captó mucho antes en los nexos entre gobernantes y subordinados. Ambos aceptaron el veredicto: el hombre, abandonado al instinto, es animal peligroso. La serenidad es pasajera: siempre genera descontentos. El equilibrio genuino parece ser individual, subterráneo, oscuro, carnal. Hasta la locura tiene una lógica que los tratados convencionales ignoran. Foucault dirá provocativamente que la demencia es una forma de saber; y Dror, en tiempos recientes, señaló la locura institucionalizada de algunos estados nacionales. “No tengo vergüenza de ser loco” es el grito modernista. Hasta la esquizofrenia encierra virtudes: permite establecer, dentro de una misma criatura, el diálogo con el *otro*, con la espontaneidad dormida, con la sombra. Y Kundera exaltará esta indefinición en uno de sus cuentos memorables (“El aventón”): lo que principia como juego y broma entre dos enamorados concluye con indiferencia y lejanía. El modernismo es —podríamos decir— una orquestación de solipsismos.

A Bell le interesa —y le aterra— el modernismo pues conduce a laberintos sin salida y a la erosión normativa del sistema industrial avanzado. Nada satisface a esta corriente: padece de una ninfomanía que se manifiesta en la sintaxis del absurdo. Incluso cuando la sociedad le concede amplia tolerancia, ve en ella una forma de “represión desublimada” (Marcuse). La protesta irracional —sugiere Bell— es el reto verdadero de Occidente. La sociedad postindustrial no la podrá acallar definitivamente. La romántica y los fundamentalismos tienen recidivas inevitables.

LA UNIVERSALIDAD DE LOS PARTICULARISMOS

El trasfondo judío de Bell es una constante de su vida intelectual. Suponemos que tanto su apremio por la racionalidad como la caracterización temprana de la industrialización del conocimiento pertenecen a la trayectoria hebraica. Bell recuerda, por ejemplo, que la prohibición de adorar efigies tiene raíz no sólo religiosa (Dios es suprema abstracción, imposible de cerrar en una representación) sino filosófica y antropológica, pues las figuraciones suscitan idolatrías, y la idolatría profana a la razón. Por otra parte, a Bell no se le escapa que los judíos y la ciencia constituyen un matrimonio feliz en el mundo moderno. Más del 80 por ciento de los jóvenes judíos estudian en universidades; casi un tercio de los Premios Nobel son recibidos por ellos, y participan inevitablemente en las revoluciones intelectuales. Podríamos decir que si el protestantismo creó clima propicio al capitalismo (Weber), los judíos son motores de la sociedad postindustrial. Tienen intereses creados en la innovación, el pragmatismo y la tolerancia.

Este trasfondo alcanza expresión clara en los escritos de Bell sobre Eichmann y la identidad judía. Bell reconoce que está en el exilio, y está feliz. Ya dijimos que el exilio implica tensiones, raíces frágiles, transplantes rápidos, dependencia existencial; pero también es fuente de creación y perspectiva. He aquí un factor de separación con el israelí. Debido al trauma del holocausto nazi y a la continuidad del hostigamiento (de origen europeo-cristiano), los israelíes adoptan una "lógica de sobrevivencia" que entraña la negociación constante, la suspicacia, el uso selectivo de la fuerza. Agreguemos con amplia base: en su versión beguinista, el humanismo israelí está adquiriendo rasgos de brutalidad, de miedo, de intoxicación mesiánica, componentes absolutamente extraños a los que instituyeron a Israel. Se trata con Beguin de una regresión infantil que nos ocupará en otro momento.

Bell se aparta de cualquier crítica abusiva. Polemiza con H. Arendt a propósito de Eichmann. Como se recordará, Arendt atacó vivamente la forma en que Eichmann fue juzgado. En su opinión, Eichmann no fue el culpable sino la civilización europea que permitió y legitimó su acción criminal. Bell atenúa la crítica: algunos hombres son también símbolos colectivos. Mediante el juicio, los israelíes quisieron recordar al mundo (y a ellos mismos) el horror y la responsabilidad por el Holocausto. Podrían haberlo matado en Argentina; prefirieron, en cambio, montar una tribuna, acaso un tanto teatral, en Jerusalén. Bell justifica con algunas reservas esta decisión, poniendo acento en la trascendencia universal de ese momento.

Eichmann representa un principio (la legitimación del *Fuehrer*, la creencia en razas superiores) abominable en todas las latitudes. Es Eichmann la no-persona, es un Poncio Pilatos robotizado.

En cuanto a la identidad judía, Bell opina que es irrenunciable. Como la misma piel. Puede negar sus contenidos, mas no puede negar la pertenencia, la memoria.

La dialéctica de padres e hijos, de vivos y muertos, compromete su participación en un destino particular. El universalismo sólo existe como una abstracción vacía o como neurosis acomodaticia; es una forma de acallar el grito del desarraigo. Bell acepta el signo de la peregrinación permanente que oscila entre la continuidad y la ruptura.

TEMAS PARA LA REFLEXION LATINOAMERICANA

Siempre hemos leído a Bell con la mirada puesta en el texto y en América Latina. ¿Qué entrañan sus ideas para la realidad cultural y económica de esta región?

Nos detendremos en dos asuntos de capital importancia. La marcha y la lógica de la sociedad postindustrial involucran un reto formidable al desarrollo latinoamericano. El ascenso de la “nueva clase” puede significar, por ejemplo, la liquidación irreversible de aquellos intelectuales que todavía han quedado -aún negándolo- en las redes de Rodó. Pocas veces los intelectuales latinoamericanos gozaron de autonomía funcional. La estrechez de los mercados, la suspicacia y el celo de los políticos (que también quieren ser hombres de reflexión y pluma), las luchas sectarias entre ellos, han quebrantado la solidaridad natural. En épocas de reacción se les persigue agigantando su importancia; en la revolución, se les devora por inservibles. La tradición de los pensadores es todavía fuerte: rascando la piel del “nuevo intelectual” aparece el odio a la ciencia moderna, a la especulación disciplinada; y en su lugar, se manifiestan la nostalgia historicista y el espíritu aristocratizante, caudillesco, mal disimulado por retóricas radicales. La secta ubica; el hermetismo como defensa e identidad; la “cleptomnesia” como táctica secreta. No son todos, ni es todo. Pero, en cualquier caso, las industrias del conocimiento los toman por sorpresa; no las entienden; y como no las entienden, las resisten. Si el stalinismo más feroz se encuentra en estas tierras, también se encuentra aquí la anti-ciencia.

Pero el riesgo y el reto no consisten sólo en la sacudida funcional de los intelectuales. Las innovaciones que hoy conducen el desarrollo tecnológico (microelectrónica, ingeniería genética, transformación biológica de materiales, previsiones de largo plazo) habrán de tener dos efectos. Por un lado, la celebrada disparidad de ingreso en el plano internacional se tornará cualitativa y comprensiva y, acaso, irreversible. Ni el trabajo ni el capital ni la formación libre de los precios serán bases o expresiones del valor de mercancías y servicios; las ventajas dinámicas dependerán del control de la información. No las ventajas de escala instigadas por mercados regionales (ilusiones que desgastan a la región), sino la densidad del conocimiento (desafortunadamente, muy delgada por estos lados) habrá de modelar la faz de las economías.

Esta disparidad irreversible no abrirá paso a la ruptura del sistema capitalista avanzado o de los socialismos burocráticos y nacionalistas de hoy. Antes al contrario. Sugerimos aquí una hipótesis en la cual estamos trabajando con los instrumentos rigurosos del análisis de datos: *la robotización industrial puede ser el*

sustituto electrónico de la menguada ética protestante. El capitalismo rebrotará con nuevas flores (del bien y del mal) pudiendo prescindir, debido a ahorros en energía, trabajo y materiales, de las transacciones con países periféricos. El dominio externo habrá de continuar, pero a distancia física gracias a la no-distancia electrónica. Caracterización apretada de lo que llamamos en otro lugar “imperialismo cibernético” (12).

El segundo efecto probable: las innovaciones de la sociedad postindustrial —mal o selectivamente transplantadas a estos suelos— no sólo pondrán fin a los intelectuales y disimularán una disparidad incorregible. Habrán de acentuar y cristalizar las desigualdades entre grupos y clases. Ya no habrá necesidad de un “colonialismo interno”; será suficiente el control mediante la “comunicación”. Sobrevendrá entonces una forma de *apartheid* electrónico que no renegará necesariamente de llamadas democráticas y populistas.

Este escenario se basa —digámoslo brevemente— en las siguientes premisas: a) Toda sociedad moderna cuenta con instrumentos tecnológicos para convertirse en régimen totalitario; b) En los pocos casos en los que no se inclina a alguna forma arbitraria de poder, se debe bien a una vigorosa tradición libertaria, bien a la existencia de robustas fuerzas opuestas; c) Los países latinoamericanos, en general, no han logrado institucionalizar ni esas tradiciones ni esas fuerzas; el espíritu de la Inquisición campea en izquierdas y en derechas; d) En consecuencia, la “tentación totalitaria” abrumba constantemente. En este contexto, la sociedad postindustrial —apenas transplantada y apenas imitada— institucionalizará el estancamiento. Para entender a América Latina —salvo importantes excepciones— algunos dirán que habrá que leer y releer a La Peste.

La sociología de la historia que propone Bell podría contener este desgraciado futuro. Si aceptáramos que la sociedad consta de áreas funcionalmente autónomas, si rechazáramos cualquier holismo sofocante, si permitiésemos a la cultura bohemia y *bonhomía*, entonces la irrupción de los cambios técnicos sería compensada por respuestas intelectuales, emocionales y políticas efectivas. Pero si las concepciones globalizantes de marxistas y organicistas siguen de pie, vendrán (paradojas de la dialéctica) la segregación y el darwinismo feroz. La sociobiología contará entonces con un laboratorio *in vitro*.

Inspiración y resistencia podrían emanar de otra corriente navegada por Bell. Se trata del modernismo. Si los intelectuales latinoamericanos lo aceptan (muchos ya lo aceptan) por su componente romántico y por la erotización infinita y del infinito que entraña, habrán de absorber otros de sus caracteres socialmente malignos: la obsesión por el asesinato y el terror, la locura y la vida onírica como fuentes del conocimiento “profundo” la xenofobia, los imperativos del ego, y aquellas formas más suaves que Canetti trazó en “El Proyectista”. Ceder en *conjunto* (las exploraciones individuales siempre son válidas como es legítimo el suicidio

(12) J. Hodara, “¿Hacia la finlandización de México?”, *Vuelta*, 51, febrero 1981.

personal) a estos motivos implica invitar a todos los infiernos aún en nombre del Paraíso. Las irracionalidades devorarán a sus “razonadores”; también parirán demonios de desigualdad incurable. La injusticia encontrará explicación metafísica. De esta manera, la derecha latinoamericana, siempre discreta en testimonios escritos y en elucubraciones axiológicas, tendrá como *ghost-writer* a la izquierda romántica y radical. Entrecruzamiento irónico de papeles y destinos.

CODA

Camus quería enfrentar la muerte con lucidez; siempre lamentó que su enfermedad crónica le preparara imperceptiblemente para la vivencia más personal que el hombre puede experimentar. No es seguro si el accidente lo tomó por sorpresa o con los ojos abiertos... Pero cumplió un mandato de Pascal: La primera obligación moral es pensar claramente.

El mandato lo adoptó también Bell. Este pretende mirar con lucidez y sin atiborrarse a la sociedad. Le aterra la bomba de tormentos que en ella se encuentra. El progreso tecnológico, ciertamente, es inevitable; pero es menester cuidar las bases de la cordura profundizando la creatividad y la crítica. Por esta vocación le han colgado inmerecidamente la etiqueta de “neoconservador”.

Nosotros, por nuestro lado y con la modestia inevitable, queremos ver y anticipar el drama del subdesarrollo latinoamericano lúcidamente. Hay que amar con los ojos abiertos. Si no se procede por esta vía, la *alaise* latinoamericana detonará infiernos o será un preparativo —remoto de la serenidad pascalina— para la muerte.